

NUESTRO MUNDO Y LAS ARTESANIAS

Los antropólogos contemporáneos han sustituido el término “sapiens” tradicional por el de “hábilis” para establecer la diferencia específica entre el ser humano y sus congéneres. Podemos hablar de hombres cuando en algún lugar de la tierra, posiblemente en el Africa, de acuerdo con la información que hoy poseemos, algún antroipoide modificó un elemento de la naturaleza (un pedazo de piedra, de madera o de hueso) y con ese objeto, guiado por sus manos y elevado a categoría de herramienta modificó la realidad para lograr ciertos objetivos. Por esta razón, no hacemos poesía ni metáfora, sino que nos referimos a un hecho objetivamente comprobado cuando afirmamos que el hombre se hace en la tierra a través de la artesanía, es decir de la

elaboración de artefactos con sus manos; del desarrollo de técnicas cada vez más complicadas para este propósito y de la transmisión de los conocimientos, habilidades y destrezas pertinentes, de generación en generación para que la elaboración de utensilios se torne sistemática y progresiva tanto en cantidad como en calidad.

Hoy, cuando el año dos mil ha dejado de ser una lejana y brumosa quimera —acicate para la imaginación de quienes gustan del ejercicio de la profecía— y es una realidad cuyo misterio casi ha desaparecido, aún subsisten en nuestro planeta amenazado por la superpoblación y la catástrofe ecológica, centenares de miles de artesanos que con sus manos dirigidas por sus cerebros transforman la

materia para producir satisfactores de necesidades materiales y espirituales, de espaldas o enfrentados a la vertiginosa producción en serie en la que el ser humano, en muchos casos, no es sino un apéndice de la máquina o a la cada vez más sorprendente cibernética que pone al cerebro del hombre en la disyuntiva de tornarse obsoleto o incursionar por nuevos caminos. Mínimas son las similitudes que podemos encontrar entre la sociedad actual, para bien o para mal masificada y manipulada, y los pequeños grupos de homínidos que hace tres o cuatro millones de años mediante toscos golpes conseguían incipientes lascas, de allí que la problemática del artesano en la sociedad contemporánea sea radicalmente diferente a la tradicional.

Delimitación del tema

La limitación del tiempo y el objeto mismo de este seminario, no aconsejan un enfoque universalista del tema, por lo que es conveniente limitarlo. Las reflexiones que a continuación haré llegar a vosotros, se circunscriben a la vigencia y peligros de las artesanías en nuestro país, pequeño, en proceso de desarrollo y multicultural, en el que coexisten junto a sofisticadas tecnologías ideadas y desarrolladas en los países económicamente más poderosos y trasplantadas intactas a nuestro me-

dio, sistemas de transformación de la materia que se repiten sistemáticamente desde hace centenares de años; en donde del aeroplano se pasa sin transición alguna a la canoa tallada en un solo tronco de madera y la seguridad de la vida del viajante deja de estar a merced de la complicada preparación del piloto y la eficacia del motor y el fuselaje del avión, para depender de la destreza, hija de la experiencia, de los remeros que aún adornan sus cabezas con plumas multicolores, de su sabiduría con respecto a las características del río y de la fortuna con relación al temporal.

Pretenden ser valederas las ideas expuestas fundamentalmente para los artesanos artífices, es decir para los que con el dominio de sus manos sobre las máquinas elaboran objetos con sello de individualidad. Los artesanos de servicio cuyo quehacer no culmina en la producción de objetos tangibles y permanentes, sino en la satisfacción de necesidades transitorias (peluquero, reparadores de calzado etc...) mediante un trabajo fundamentalmente manual, por las características peculiares merecen un tratamiento distinto en cuanto al análisis de su problemática cuya importancia desde el punto de vista humano y social, es innegable.

El mundo de las artesanías

Para el no iniciado, los tér-

minos artesano y artesanías denotan personas y objetos simples, fácilmente distinguibles y caracterizables en la comunidad, pero a medida que nos adentramos en esta realidad descubrimos que nos enfrentamos a un mundo cada vez los problemas aparecen y crecen a medida que tratamos de encontrar soluciones, y en el que las recetas generalistas y superficiales se estrellan con una realidad que las supera. Cuando los censos nacionales o las estimaciones de los técnicos nos hablan de que en nuestra patria existen trescientos o cuatrocientos mil artesanos, no pensemos que la cifra involucra a un número de seres humanos con grandes rasgos similares y diferencias secundarias, al contrario, las diferencias económicas, sociales y de estilo de vida superan a las semejanzas; artesana es la campesina que en las remotas regiones del Azuay teje un sombrero de paja, en los momentos que el cuidado de sus animales y plantas le dejan libre, para el domingo recorrer a pie varias horas y llegar al mercado de la parroquia, para vender su obra quizás al mismo precio que le costó el material y repetir este ciclo mientras sus fuerzas duren, como artesano es el joyero que en su elegante taller-almacén decorado con gusto newyorkino realiza síntesis espectaculares de oro y piedras preciosas que serán vendidas a millonarios que dejarán en su cuenta bancaria utilidades también millo-

narias que le permitirán disfrutar de automóviles de marca prestigiosa y recorrer el mundo en viajes de placer.

Artesano es el rapaz a quien la necesidad obligó a abandonar la escuela, para dejar su esfuerzo en una mecánica automotriz, aprendiendo en la universidad de la vida un oficio que le abra alguna puerta de esperanza y le permita salir del laberinto de la miseria, como artesano es el afamado maestro que, cual alquimista del arte, transforma la madera virgen en esculturas que conmueven la sensibilidad del esteta o en muebles cuyas formas sorprenden intensa y gratamente a la gente denominada de buen gusto y que puede darse la gozosa libertad de aceptar o no obras o hacerlo como una graciosa concesión al amigo a quien tiene especial deferencia.

5

Artesano es aquel que en la cárcel de Cañar espera el decurrir de su sentencia en compañía de su telar de cintura produciendo mediante un complejísimo proceso de técnica y diseño, fajas con motivos que la memoria cultural de su pueblo ha acumulado; artesana es la que en una academia de manualidades trata de reproducir en tela barata y modesta un vestido de alta costura tomado de revistas con nombres ininteligibles (Burda Moden, Connoisseur, Vogue)) soñando en Sergio

Valente, Ted Lapidus o Pierre Cardin.

6 Artesano es el Achuar o el Hauorani que en el fondo de las selvas amazónicas, sin más recursos que los materiales que su habitat le ofrece, construye laboriosamente su “uum” y su “tunta” para salir de caza y complementar con su presa su magra dieta; artesano es, o dice ser, el “estilista”—neologismo extranjerizante que sustituye la imagen del viejo y bonachón peluquero del barrio, poseedor, además de tijeras y navajas, de todos los chismes de la comunidad— que en su elegante salón unisex, entre extraños artefactos y exóticos perfumes y menurjes manipula las cabelleras de quienes tratan de reemplazar con estrambóticos tocados su carencia de dones físicos o de quienes, poseyéndolos, pretenden incrementarlos.

Artesana es la campesina de Hatumpamba que con sus manos recoge la arcilla apropiada, la mezcla con arena y agua, logra una pasta consistente, le da forma de tinaja, cántaro y mediano, la recubre con una mezcla de tierra rojiza y orines, la cuece al aire libre con chamisas y la carga hasta el mercado más cercano obteniendo con su venta unos pocos centavos, sin tener la más leve idea de que existe una ley de defensa del artesano; artesano es, o dice serlo, el comer-

ciante “pilas” que gracias a la poca responsable actitud de amigos complacientes, logra ser calificado como artesano y obtiene de esta manera préstamos en condiciones ventajosas, disminución en los impuestos y menor pago a sus trabajadores para bien y provecho de su robusto y en ocasiones obeso bolsillo.

Artesano es a veces una ofensa para quien siente su ego disminuido al no reconocérsele la categoría de artista o para el buscador de prestigio que piensa que la palabra industrial eleva automáticamente a una persona a una especie superior. Artesano es timbre de orgullo para el que lleva en su espíritu conocimientos y destrezas acumulados por siglos a lo largo de generaciones. Artesano es un término artimañosamente usado por quien necesita ese calificativo oficial para obtener un mejor tratamiento económico.

Cuando en una reunión oficial se trata de elaborar una definición de consenso de artesano, el esfuerzo termina casi siempre en un agudizamiento de las divergencias, lo que no resulta extraño por las dificultades que surgen para mediante un conjunto de palabras delimitar un concepto que engloba un universo tan amplio y disímil. Compréndase también cuán difícil es poner en funcionamiento una política artesanal que satisfaga a

todos siendo el sector social al que se proyecta tan heterogéneo como he tratado de demostrar con los ejemplos anteriores que constituyen un muy imperfecto acercamiento a su problemática.

Las artesanías en el contexto social de nuestra patria se encuentran expuestas a una serie de situaciones contradictorias, cuya comprensión y posibilidad de superación serán posibles si es que abordamos el problema en su globalidad, ya que cualquier enfoque reduccionista o parcial culminará en respuestas incompletas y por lo tanto falaces. La artesanía es un hecho social y no una entelequia, por lo tanto es preciso aproximarnos a ella tomando muy en cuenta su contexto. La artesanía implica múltiples y difíciles problemas para el artesano que los vive en carne propia, mas el acierto en la solución de los mismos dependerá también de las actitudes de los no artesanos frente a las artesanías, lo que amerita un profundo y realista análisis.

Artesanías y formas de producción

Podemos hablar, según el criterio de respetables antropólogos e historiadores, de dos grandes revoluciones en la historia de la humanidad: la del neolítico, cuya médula consistió en la aparición y difusión de la agricultura, y la

que llamamos industrial, sintetizada en la imposición de la máquina y sus correspondientes fuentes de energía. Ambas cambian radicalmente la estructura de la sociedad, partiendo de las transformaciones en las formas de producción. Tiempo suficiente ha transcurrido desde la revolución del neolítico para tener una idea clara de sus consecuencias; la generalización de la agricultura condena a la desaparición a la sociedad nómada; la caza, la pesca y la recolección o desaparecen o pasan a un plano secundario, cambian los estilos de vida, la organización política y familiar, el culto y la religión.

Con respecto a la producción de bienes, el hombre desarrolla nuevas tecnologías, inventa máquinas que todavía controla él directamente, incorpora nuevos materiales. Con la sedentarización y la agricultura, aparecen la cerámica y los metales que reducen radicalmente la importancia de la omnipresente piedra; el telar multiplica casi ilimitadamente las posibilidades de las fibras vegetales y animales. La elaboración de objetos requiere en muchos casos etapas realizadas por varias personas y el trabajo en grupo engendra al taller artesanal, a diferencia de la manufactura total y solitaria del hombre del paleolítico. Pese a los cambios, el hombre artesano controla el proceso, y herramientas y máquinas son sus auxiliares.

De la reciente revolución industrial podemos hacer juicios menos seguros y objetivos; los cambios en las formas de vida son evidentes como la estructura de la familia y la concentración de grandes masas humanas. En el campo de la producción la máquina que termina vertiginosamente millares de objetos idénticos, coloca al hombre productor en segundo plano, las etapas del proceso se multiplican y la mayoría de los obreros que intervienen en él no tienen plena conciencia de la finalidad última de su acción. La fábrica es el elemento definitorio de la industria y concentra a números elevados de trabajadores cuyo quehacer se encuentra minuciosamente tipificado y controlado; el tiempo se organiza con precisión micrométrica y las jerarquías se tornan duras, rígidas y agriamente verticales.

Para los apresurados generalizadores y simplificadores de la historia, el sistema de producción industrial es un hecho destinado a imponerse inmisericordemente en el mundo y la forma artesanal de producción es un anacronismo curioso propio de países subdesarrollados destinados a desaparecer como el carruaje tirado por caballos o el uso de sanguijuelas para curar las fiebres.

Esta ríspida profecía se resiste sistemáticamente a cumplirse

y la contradicción subsiste. ¿Es posible la convivencia de la producción industrial con la artesanal? Creemos que sí, mas no en condiciones técnicas y sociales exactamente iguales a las vigentes antes de la revolución industrial. El incremento y el cambio de la producción han aumentado y transformado las necesidades del hombre. Ciertas necesidades materiales, muy pocas en conjunto, tendrán que ser satisfechas mediante métodos artesanales, mas las artesanías de la sociedad post-industrial se proyectan fundamentalmente a la satisfacción de necesidad estéticas y culturales. El hombre económicamente poderoso que prefiere comer en una vajilla de cerámica hecha en un taller tradicional, no lo hace porque sea más eficaz y práctica que la de plástico, sino porque encuentra satisfacciones estéticas y culturales. La dama de sociedad que exhibe una elegante prenda de vestir bordada a mano por alguna ignota campesina ha encontrado en las imperfecciones el encanto que la monótona perfección de la máquina se niega a ofrecerle. No es el factor costo, por lo menos en muchos casos, el que ha pesado para que la coqueta colegiala escoja una shigra de Pujilí o una canasta de San Joaquín para portar sus útiles al colegio, sino el encanto que la presencia directa del hombre encarna en esas piezas. La artesanía permanecerá y se robustecerá en nuestra sociedad en la me-

dida en que, satisfechas las necesidades materiales con eficiencia por las máquinas, esté el ser humano en condiciones de satisfacer con holgura necesidades estéticas y culturales que la máquina es incapaz de lograr.

Artesanía y cultura

Cierto tipo de conocimientos, incluido el manejo del alfabeto, estuvieron por muchos años en poder de grupos muy reducidos, íntimamente ligados a los detentadores del poder político y económico, lo que dio lugar a la identificación del concepto cultura con élites. Los propietarios del orden establecido eran los que decidían qué era sabiduría y qué ignorancia, qué buen gusto y mal gusto, qué bello y qué feo. En nuestro país, dependiente culturalmente de potencias extranjeras desde la época de la conquista, (España en la colonia, luego de la independencia Francia y los Estados Unidos) se identificó cultura con Europa, desposeyendo de este contenido a las grandes mayorías indias y mestizas. Al decir de Octavio Paz: "La revolución industrial fue la otra cara de la evolución artística. A la consagración de la obra de arte como objeto único, correspondió la producción cada vez mayor de utensilios idénticos y cada vez más perfectos". La obra de arte, dentro de este contexto, era exclusivamente

la académica, quedando el arte popular y las artesanías privadas de contenido cultural. La Antropología democratiza al concepto cultura y lo extiende a todas las manifestaciones de los pueblos pudiendo hablarse de lo que antes era imposible: cultura popular.

Otra de las contradicciones que enfrenta la artesanía en nuestro mundo en proceso de desarrollo está, precisamente, en el ámbito de la cultura. Si se mantiene el concepto tradicional que establece la ecuación cultura igual élites europeizadas, artesanía sería automáticamente sinónimo de incultura, condenada a desaparecer al ritmo del avance de la "civilización" entendiéndose por tal lo que proviene de los denominados países desarrollados. El camino para superar esta contradicción se encuentra en un serio y efectivo afianzamiento de la identidad nacional. Si reducimos cultura y civilización a automóviles, centrales hidroeléctricas, equipos computarizadas, música clásica o rock, platos con nombres franceses o ingleses, ciertamente nada tendrían que aportar las artesanías a un mundo que progresa. Pero si consideramos como parte esencial de las culturas nacionales los valores generados en el pasado por nuestros pueblos, sus idiomas, sus concepciones de lo bello, sus ingeniosos mecanismos para solucionar los problemas de la vida, sus ideas

acerca de lo sobrenatural, las artesanías se transforman en bastión de la cultura nacional. Si los pueblos entienden que es preciso incorporar técnicas nuevas para mejorar el nivel de vida de todos, sin necesidad de renunciar a los valores, ideas y creencias acumuladas desde hace siglos y que constituyen su alma, la vigencia de las artesanías, desde el punto de vista de la cultura, está asegurada.

Artesanía y política

Entendida en el sano sentido de la plabra, la política busca el bienestar común: Una simplificación materialista de bienestar lo reduce al goce, en cantidades abundantes, de bienes económicos, accesibles a todos los ciudadanos; en consecuencia, sea por caminos capitalistas o socialistas, deben los que controlan el poder político fomentar el incremento de la producción de riqueza por los métodos más eficaces, es decir mediante la industria y buscar por medio del juego libre de las fuerzas del mercado o de la planificación estatal su adecuada distribución. Dentro de este contexto, la artesanía, que constituye un sistema de creación de la riqueza poco rentable frente a la industria, no debe ser fomentada, sino más bien desalentada. Y así la mayor parte de los aparatos jurídicos y administrativos de los países del mundo, incluidos los subdesar-

llados, se han estructurado a medida de una sociedad industrial real o potencial. El estado desarrolla generosos mecanismos para incentivar la industria, los sistemas de protección social de los trabajadores funcionan para los de las fábricas. El sector artesanal es la cenicienta del estado.

Una vez más, la artesanía enfrenta una contradicción: tiene que subsistir dentro de un orden jurídico-económico que conscientemente o inconscientemente la desalienta, sobrevivir al margen de elementales beneficios que otros sectores poseen, nadar esforzadamente contra corriente. Esta contradicción como las anteriores, tampoco es irreversible en cuanto, mediante el quehacer artesanal es posible en los mercados internos y externos, satisfacer apetencias que la industria es incapaz de hacerlo, pudiendo convertirse las artesanías en un rico filón de ingresos si es que los mecanismos del estado se preocupan efectivamente de darle los impulsos y medios necesarios. La contradicción se supera también cuando se piensa más allá del simplismo económico y se admite que el desarrollo no puede limitarse al consumo masivo de bienes físicos, sino al goce de bienes estéticos y culturales sin los cuales es imposible el crecimiento armónico del hombre.

Los no artesanos y las artesanías

El artesano es el protagonista del drama que viven las artesanías y es indispensable que se tomen todas las medidas apropiadas para que deje de ser la cenicienta de la sociedad y para que pueda desarrollar sus acciones, cuando menos en condiciones igualitarias a otros sectores; mas todo esfuerzo que se lleve adelante por mejorar su situación, no dará los frutos esperados si es que no se llevan a cabo acciones concomitantes que tiendan al cambio de actitudes en otros sectores de la sociedad. Si es que el conglomerado social continúa, como ocurre en gran medida, considerando a las artesanías como productos de segunda clase, casi como excrecencias de los objetos nacidos de la industria, por mucho apoyo económico, legal y social que reciban los artesanos, las contradicciones permanecerán; mas si la mayoría de los integrantes de la colectividad cambian su mentalidad y ven en los productos artesanales objetos cuyos valores intrínsecos culturales y técnicos los tornan atractivos y apreciables, la artesanía superará la crisis y cobrará vigor.

Para lograr este propósito es necesario llevar adelante acciones de índole cultural, dando a la cultura popular el sitio que le corresponde en la sociedad. El estado ecuatoriano ha realizado desde hace algunas décadas meritorias y

a veces ejemplares acciones, para promover la cultura, pero hasta hace no muchos años cultura se identificaba con literatura académica, música clásica, artes plásticas formales sin que ni siquiera, como mal pensamiento, se pensara en incluir en estas políticas a las artes populares y a las artesanías. En los últimos años la situación ha comenzado a cambiar y existen instituciones nacionales e internacionales que realizan esfuerzos para revalorizar lo popular, para despertar la sensibilidad de los ciudadanos hacia las manifestaciones artísticas de nuestros pueblos, mas si hiciéramos un balance de los esfuerzos económicos que el estado proyecta hacia las manifestaciones de la cultura elitista y hacia las de la popular, encontraríamos que la balanza se inclinaría violentamente hacia las primeras. Pese a que los esfuerzos destinados a dignificar la cultura popular no datan de muchos años y tienen muy poco apoyo económico, hemos podido observar con agrado un rápido cambio de mentalidad; y las artesanías tradicionales han dejado de ser motivo de indiferencia o de vergüenza para constituirse en timbre de orgullo colectivo.

La educación ha dejado de ser en el mundo un lujo de unos pocos; todos los países, sea cual fuere su estructura social, están de acuerdo en que la educación formal es un derecho fundamental

de todos y una invaluable inversión por parte del estado. La educación, por lo menos a nivel primario, está hoy al alcance de casi todos los ecuatorianos y la media ha ampliado ostensiblemente su campo de acción. Es la educación el mecanismo de cambio más fuerte con que cuentan las sociedades contemporáneas. En el sistema educativo tradicional, educar era sinónimo de europeizar, se pretendía hacer del niño de hoy un ciudadano plenamente "civilizado", a imagen y semejanza de lo extranjero, siendo los valores culturales tradicionales de nuestro pueblo ignorados si es que no desalentados. Para bien del país, se observan ya alentadores cambios que tienden a inculcar en el joven que concurre a centros educativos amor y aprecio a nuestros valores tradicionales; de seguir adelante esta tendencia, el joven de mañana sabrá que es de muy buen gusto adornar sus casas con artesanías, que el plástico frío y seriado tiene sus valores y sus limitaciones, que en el objeto artesanal hay belleza y calor humanos imposibles de lograr en las piezas made in Taiwan horripilantemente iguales. Cambiar la mentalidad con respecto a los valores culturales mediante acciones educativas es garantizar un mercado sólido y creciente para las artesanías.

Los medios de comunicación colectiva ejercen una crecien-

te influencia en el comportamiento y en la manera de pensar de las colectividades; ese poder debería también utilizarse con más eficacia para conseguir el cambio de actitudes a que hemos hecho referencia.

El diseño, como conjunto de conocimientos teóricos y prácticos para organizar elementos y producir objetos que desempeñen funciones previamente establecidas, es una realidad que no podemos ignorar en nuestro tiempo; algunos países, Italia por ejemplo, tienen como una de sus principales fuentes de divisas el diseño, que por varios mecanismos llega al mundo. El artesano, cuando transforma la materia, diseña en forma intuitiva y empírica; el diseñador lo hace de manera formal. Es conveniente y deseable un encuentro entre el diseñador y el artesano, no para imponer ni desvirtuar los contenidos culturales tradicionales, sino para enriquecerlos con nuevos materiales y tecnologías, para incitar el desarrollo de sus posibilidades estéticas y utilitarias, para adaptar —sin claudicaciones a nuestra identidad— los productos finales a las apetencias del mercado. La carencia de diseñadores originales con frecuencia lleva a la copia servil de formas extrañas a lo nuestro que por bien reproducidas que sean, nunca serán más auténticas que las originales y que

hacen del artesano manos que operan para cerebros y sentimientos ajenos.

En una sociedad como la nuestra, el artesano que personalmente sale a las ferias a vender sus productos, va perdiendo actualidad, al igual que el que espera en su taller la llegada del comprador. El desarrollo de canales adecuados para que en forma fluída llegue el producto al comprador es imprescindible para la supervivencia de las artesanías, teniendo mucho cuidado de que en este proceso quede en beneficio del artesano una sustancial parte de la utilidad y no las migajas de ella. Eliminar al intermediario es una utopía, el intermediario desempeña una importante función en la sociedad, pero sí es posible y deseable acortar la cadena y distribuir con más equidad los beneficios del trabajo.

La problemática de las artesanías en una sociedad que avanza al desarrollo es increíblemente amplia y fascinante. He querido en esta intervención anotar en forma rápida algunos aspectos, no con el ánimo de exponer verdades definitivas, sino para invitar a la reflexión. Aspiro a que queden en claro unas pocas ideas básicas: Que la problemática artesanal hay que tratarla desde muchos aspectos. Que reducirla a uno o a pocos no puede dar resultados realistas.

Que el problema de las artesanías es de los artesanos, pero también, y en alto grado, de toda la sociedad. Que solamente un enfoque global del problema ayudará a resolver positivamente las contradicciones que hoy enfrenta el mundo artesanal. Que siendo limitados los recursos para esta tarea, no cabe que se dispersen. Que estos esfuerzos deben canalizarse hacia un objetivo común como se pretende con la feliz iniciativa que ha motivado este seminario. O



V CURSO INTERAMERICANO PARA ARTESANOS ARTIFICES

Del 6 al 30 de Octubre se llevó a cabo en Cuenca el V Curso Interamericano para Artesanos Artífices, con el auspicio del CIDAP—OEA, en el que tomaron parte becarios de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Perú, Uruguay, Venezuela y Ecuador.

El cuerpo directivo y docente del curso estuvo integrado por el Doctor Claudio Malo González, Director; Lcda. Dora Canelos, Coordinadora General y profesores de México, Argentina y Ecuador, contratados para el evento.

Los objetivos de este, como de otros cursos anteriores, son: capacitar a los artesanos; discutir la problemática de las artesanías y del artesanado en la sociedad moderna; analizar el contenido cultural de las artesanías, tratando de fortalecer la identidad cultural de cada país; intercambiar experiencias; dar a conocer y analizar alternativas desarrolladas en diferentes países sobre el mejor aprovechamiento de recursos. El programa engloba dos áreas: la primera relacionada con el diseño, creatividad y calidad; es decir información y práctica de diseño aplicado a las artesanías.

La segunda parte se relaciona con aspectos sociales, económicos, educativos y culturales, de las manifestaciones artesanales como raíces históricas y culturales de los pueblos.

Dentro del programa se abordan el tema del artesano y la sociedad; el diseño: técnicas y materiales; el diseño y la expresión; educación y cultura popular; contabilidad artesanal; artesanías del Ecuador; artesanías de América; promoción artesanal; tecnología y artesanías; control de calidad.

El CIDAP tiene como objetivo investigar, difundir y revalorizar las artesanías y las artes populares en América para lo cual, entre otras actividades, organiza cursos interamericanos para artesanos artífices como en el presente caso.